

Leer es mi cuento

La Expedición Botánica contada a los niños

Elisa Mújica

Ilustrado por Sebastián Cadavid



Imagen 1: Ilustración de personajes dos personas que se encuentran observando una planta gigante.

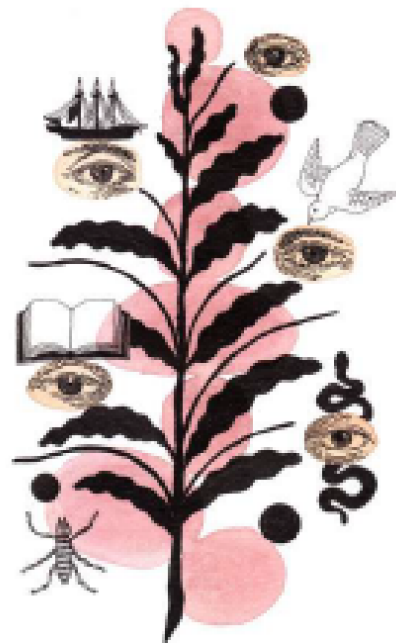


Imagen 2: Logos entidades patrocinadoras. Gobierno de Colombia – Leer es mi cuento – Biblioteca Nacional de Colombia.

Ministerio de Cultura de Colombia

Carmen Inés Vásquez

Ministra Ministerio de Educación Nacional

María Victoria Angulo

Ministra

AUTOR

Elisa Mújica

Ilustrador

Sebastián Cadavid

Editor

Iván Hernández

Coordinadora editorial

Laura Pérez

Comité editorial

Amalia de Pombo Espeche

Directora de Artes

Ministerio de Cultura de Colombia

Diana Patricia Restrepo

Directora Biblioteca Nacional de Colombia

María Orlanda Aristizábal

Coordinadora de Literatura y Libro Ministerio de Cultura de Colombia

Iván Hernández

Editor de la serie Leer es mi cuento

* * *

Primera edición, abril de 2020

ISBN: 978-958-5488-93-9

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:

literaturaylibro@mincultura.gov.co

Contenido

La Expedición Botánica contada a los niños	1
La Expedición Botánica contada a los niños	6
El dorado para un hombre solo	9
Llega un mensajero brillante	13
La ceiba	14
Caimanes y tortugas	15
Una planta que se prepara para desempeñar un gran papel	17
Lo más importante: la gente	18
Los obstáculos disfrazados	20
Mutis se relaciona con la pasionaria	24
Mutis y el cerro de Guadalupe cambian regalos	27
Un genio bueno despierta a una princesa	30
Mutis se hace sacerdote	34
Los sacerdotes botánicos nos han ayudado mucho	36

La Expedición Botánica contada a los niños

Elisa Mújica

(Selección)



Imagen 3: Ilustración de la fotografía de José Celestino Mutis.

Vamos a contar la historia de José Celestino Mutis y de su Expedición Botánica, pero sin empezar por decir que el sabio nació en Cádiz en 1732: que estudió en el Colegio de San Fernando de esa ciudad las materias que entonces se enseñaban: gramática latina, matemáticas, filosofía y parte de teología, y que después se especializó en medicina, en Sevilla, donde se graduó, trasladándose en seguida a Madrid, a practicar su profesión. Esos datos tan importantes se encuentran en la historia, uno después del otro como las cuentas de un collar.

Nosotros no queremos por ahora un collar. Buscamos un amigo que, aun cuando murió hace bastantes años, en 1808, llegue a nuestro lado cuando miremos las flores rojas de la enredadera Mutisia, o la cúpula plateada y octagonal del Observatorio Astronómico de Bogotá, o las láminas de la “más bella colección de flores del mundo”, o cuando recordemos que, en el Colegio Mayor del Rosario, Mutis fundó los primeros cursos de matemáticas y medicina, y que sus discípulos se llamaron Camilo Torres, Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Pedro Fermín de Vargas, Joaquín Camacho, y muchos más.

En la historia de El Principito, vivida y relatada después por un señor tan bueno como osado y valeroso, Antoine de Saint-Exupéry, escritor y héroe de Francia, en el desierto donde cayó de un asteroide el niño que es el protagonista, conoció a un zorrito de pelaje rojizo, el cual le pidió

que fueran amigos. Si el principito lo trataba con cariño —le dijo más o menos el animal— sucedería algo muy bello. Las cosas cambiarían de aspecto. Es decir, seguirían siendo las mismas pero mostrarían además lo que esconden a los ojos indiferentes y fríos. Así, por ejemplo, el ondular de las espigas de un campo de trigo se convertiría en lo más amado por el zorro: el tono dorado de los cabellos del niño.

Para que un personaje de la historia y de la ciencia como José Celestino Mutis sea nuestro amigo necesitamos descubrir el secreto que lo empujó como un motor a fin de realizar su obra. Cuando lo hayamos atrapado como si se tratara de un duende que gesticula aquí y allá, amaremos a José Celestino. Alguien dijo que conocer es amar.

El dorado para un hombre solo

En el año de 1760 se le había presentado la oportunidad de aceptar una beca en Londres a fin de perfeccionarse en las ciencias naturales que eran las que lo atraían. Pero la rechazó por venirse a América con el propósito de realizar esa tarea directamente en el suelo que producía las maravillas aún no conocidas de los hombres. Cuando acababa de cumplir 28 años se alistó, con el puesto de médico, en la comitiva del recién nombrado virrey de la Nueva Granada, don Pedro Mexía de la Cerda, y se embarcó para Cartagena. Sin embargo, apenas desembarcado en el puerto de Cartagena de Indias, Mutis se puso muy triste. ¿Por qué, si había cumplido su mayor anhelo, que era ponerse en contacto con la naturaleza situada al norte del ecuador, la nuestra, la colombiana, que antes se llamaba neogranadina? Las playas de Cartagena eran el telón magnífico que él debía descorrer para descubrir un espectáculo todavía más apasionante de lo que se había figurado en España.

Pero el virrey Mexía de la Cerda (para que no se nos olvide este apellido o cualquier otro, el mejor sistema consiste en fijarse en algún detalle: en este caso puede ser en que la x de Mexía se convirtió con el tiempo en la j con que se forma hoy el apellido Mejía, tan conocido; en cuanto a Cerda, el gentilicio viene efectivamente de la hembra del cerdo, tótem o

animal simbólico de esta familia noble de España), aunque desde cuando propuso el viaje a José Celestino, aceptó que se dedicaría a los descubrimientos científicos, no cumplió su palabra. La realidad fue que abrumó a su médico con tantas tareas, que para él se volvió casi imposible obedecer la voz interior que constantemente lo mandaba explorar la naturaleza.

La voz interior es la vocación. Mutis sentía desde muy joven el deseo de llegar a ser sabio. Un hombre no es como un gato ni como un pato. El primero sabe, desde que abre los ojos, que su papel consiste en comerse los ratones. Se halla perfectamente equipado para eso, sin poner nada de su parte. El patito se lanza al agua apenas ve un charco. En tanto que el hombre para ser feliz necesita realizarse como científico, como músico, como poeta, como agricultor o como lo que quiera. Pero le toca hacerse él mismo. Muchas veces no es fácil. Al contrario. En la mayoría de los casos todo conspira para oponerse.

Cuando llegaron a nuestra tierra los conquistadores españoles —esos hombres que a los primitivos habitantes les parecieron de hierro y fuego porque se vestían con armaduras y disparaban con arcabuces provistos de pólvora— comprendieron que se hallaban en un país fabuloso, repleto de oro. Por eso lo bautizaron El Dorado. Mutis adivinó que existía otro El Dorado todavía mejor que el primero. Poseía sus mismos atributos de

belleza y valor, pero no era inanimado sino vivo. Sin embargo, el nuevo El Dorado se mostraba también inasible y fugitivo como había sido hasta cierto punto el otro, el de los insaciables conquistadores. Había que ganarlo con armas por cierto muy distintas de las de los soldados. Las suyas serían la observación, la constancia, el estudio, la entrega. Mutis debía construirlas él solo. Para eso necesitaba, en primer lugar, tiempo. Y Mexía de la Cerda le multiplicaba los trabajos, menos precisamente los que interesaban a José Celestino.

Había llegado a la Nueva Granada, una tierra llena de tesoros como si fuera un cofre de Las Mil y una Noches. A él le correspondía localizarlos, describirlos y hacer que se aprovecharan. Cuando lo pensaba, su corazón saltaba como si fuera a arrodillarse para dar gracias. Qué privilegio el suyo. Qué bien hizo en salir de España. Pero le hacían falta libros, instrumentos, compañeros, dinero, tiempo. De todo carecía por entonces. Esta es la historia de cómo fue conquistándolos poco a poco para realizar su empresa: la Expedición Botánica.

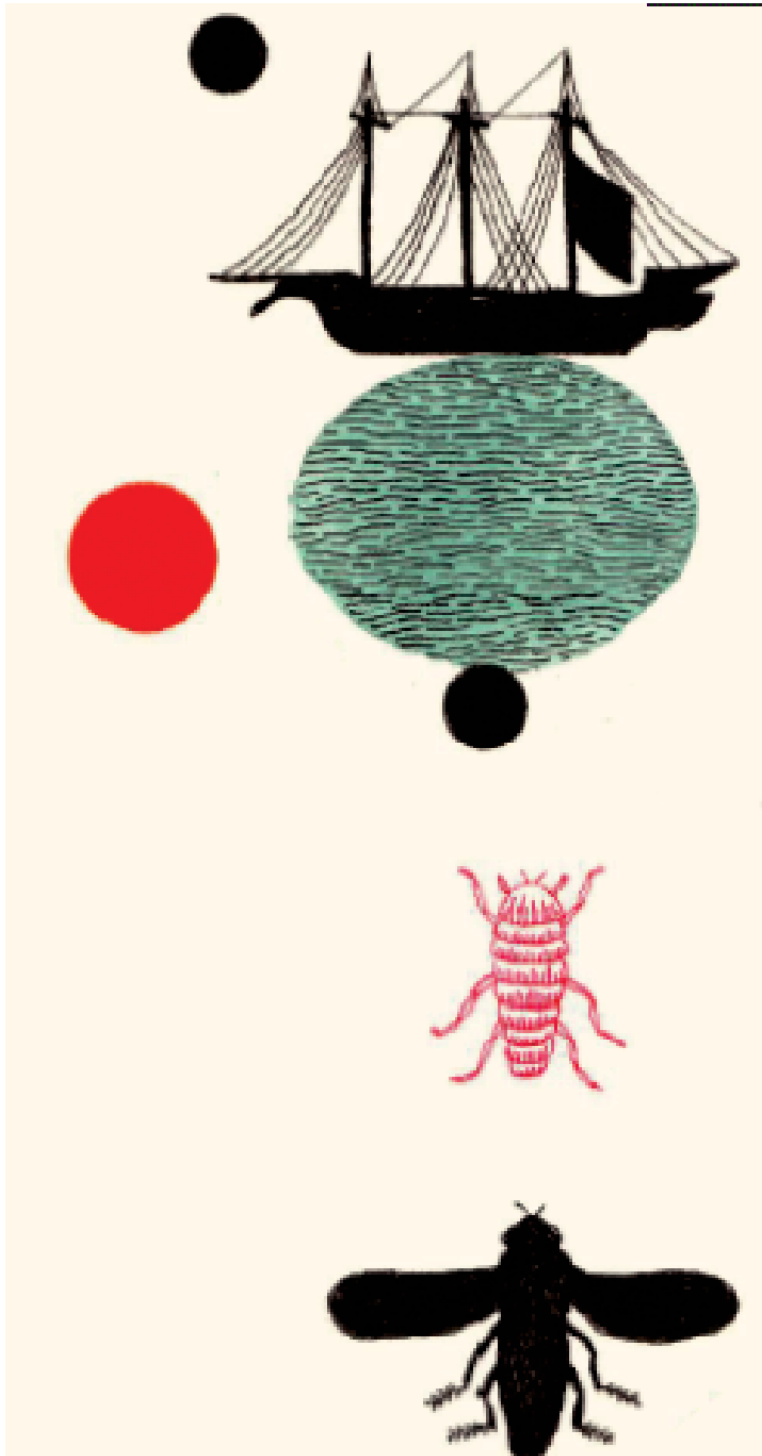


Imagen 4: Ilustración donde se ve la silueta de un barco y dos insectos.

Llega un mensajero brillante

Todavía se encontraba en la goleta que lo aproximaba a la playa, cuando se le acercó un mensajero de la tierra aún no pisada. Era un bichito que volaba en la cubierta del barco, diminuto pero brillante como una luz microscópica alada. Iba a saludarlo, volando “con mucha tranquilidad”, como escribió Mutis en el Diario de observaciones que llevaba.

Los marineros le informaron que el ser luciente, desconocido y bello se llamaba cocuyo y que había muchos en Cartagena, con lo cual se calmó la pena de José Celestino por no haber podido cazarlo. El insectillo se dio sus mañas para evitarlo. Pero en sus revoloteos rodeó a su perseguidor como si lo señalara con un halo. Para corresponderle, en adelante, siempre que Mutis lo nombra en el Diario lo califica de “hermosísimo insecto”. Cualquiera que lo lee advierte que el adjetivo “hermoso” es el más pronto en la pluma del José Celestino de ese tiempo.

La ceiba

Calculemos lo que representó para él ver por primera vez una ceiba, en las orillas del río Magdalena, que bajó en un champán en enero de 1761, junto con Mexía de la Cerda y su comitiva, para encaminarse a Santafé, la capital del virreinato. En uno de los altos que efectuaban en la navegación se le ofreció la visión del árbol majestuoso. Mutis llamó al virrey y a su familia para que compartieran con él su júbilo. Luego lo midió valiéndose de dos horquetas largas y de hilo, porque carecía de escalera. Tenía de circunferencia siete varas, y de altura seis y tres cuartos. Sus ramas se entrechocaban por el viento como si una voz murmurara palabras. Tal vez hablaba de libertad porque es un árbol sagrado de América y porque José Celestino se hallaba designado, todavía sin saberlo él mismo, para contribuir a conquistarla.

Llegaría un día en que el Libertador Simón Bolívar oiría también agitar sus hojas a las ceibas que lo rodearon en la quinta de San Pedro Alejandrino, como si quisieran rendirle un tributo de gratitud cuando se aproximaba su última hora.

Caimanes y tortugas



Imagen 5: Ilustración donde se ve la silueta de un caimán, un barco con tres ocupantes tomando muestras de la vegetación.

A Mutis le faltaban ojos para admirar las novedades del río y de sus riberas. Aunque en ese tiempo, al parecer, hombres y mujeres eran más fuertes y resistentes de lo que hoy nos han vuelto las comodidades del progreso, el infernal calor en el viaje, las nubes de mosquitos, los pasos trabajosos del río donde se varaban los champanes, la duración tan prolongada, resultaban terribles para los europeos. Pero José Celestino disponía de un talismán a fin de sobrellevar las molestias y privaciones. Se consagraba a mirar y a tomar apuntes en el Diario.

Los caimanes se le presentaban en número tan enorme, arrumados por centenares en las orillas, que llegaron a aburrirlo. En cambio, le

fascinaron las tortugas. Al acercarse a las playas los bogas se botaban al agua para buscar los nidos, orientándose por las huellas que habían dejado las tortugas madres. En una ocasión cogieron en un cuarto de hora 390 huevos. Claro que Mutis los probó. Un sabio es así: todo lo quiere ver, oler, palpar y gustar. Es el único medio de formarse ideas propias sobre las cosas. Pero José Celestino a veces se llevaba sus chascos. Mucho después de su llegada, cuando ya se encontraba administrando las minas de La Montuosa, situadas en el hoy departamento de Santander, una salamanquesa estuvo a punto de saltarle a la cara.

“Yo me admiro, y mi hortelano, testigo del hecho, se admira igualmente del peligro a que me expuse y del que me libró la Divina Providencia”, anotó en el Diario. La salamanquesa es un reptil que trepa por los árboles y que en contacto con la piel humana la marca como una quemadura. Durante la Edad Media se creyó que una parienta suya, la salamandra, habitaba en el fuego.



Imagen 6: Ilustración la planta aristolochia (o aristaloquia) llamada por los del país contracapitana.

Una planta que se prepara para desempeñar un gran papel

Era el 27 de enero de 1761 cuando Mutis vio en la ribera una bellísima aristolochia (o aristaloquia) llamada por los del país contracapitana por “la singularísima eficacia que dicen tiene contra las culebras”. La describió como una cafetera globosa con un pico largo y una lengüeta por encima, y recogió unas semillas. Se hallaba lejos de imaginar lo que sucedería en Mariquita 22 años después, con un discípulo suyo, Francisco Javier Mutis, y otra aristolochia también en forma de cafetera y con lengüeta, como la primera.

Lo más importante: la gente

José Celestino no sería tan nuestro sí, aparte de las bellezas de la tierra, no se hubiera fijado desde el principio en sus habitantes. Qué contraste. Casi desnudos y miserables pisaban con los pies descalzos riquezas que, de aprovecharlas, los habrían salvado para siempre de la indigencia.

Lo escandalizaba que el gobierno español no hubiera mejorado la navegación en el Magdalena. Su crítica era terminante: "Estoy firmemente persuadido de que la pérdida de tantas vidas y caudales recae sobre el descuido de los que podían hacer el río navegable". En la metrópoli se miraban "con desgano y negligencia los más arduos negocios de América".

Ya sabe que en la empresa que lo espera lo ayudarán los neogranadinos. Habrá de todo: profesores, sacerdotes, miembros de la nobleza criolla, pero también hortelanos y peones y artesanos. A uno de los más humildes, pero también más fieles, lo arrastrarán las aguas del mismo río grande de La Magdalena por el que ahora navega Mutis rumbo a su destino, el día que, por darle placer, el herbolario ganó a nado la orilla opuesta para arrancar una planta, y de regreso se encontró con la creciente del río.

Si el cocuyo voló hasta la goleta para saludar a José Celestino, el primer colaborador de la futura Expedición Botánica también fue americano y

perteneciente no a la casta gobernante sino a la sujeta y explotada. Por desgracia no conocemos su nombre. Mutis no lo dijo. Pero el servicio que recibió sí lo apuntó en el Diario: "Allí (o sea durante el viaje por el Magdalena) encontré un zambo de mulato que me hizo una nota de los árboles que él conocía por el río. Este es un asunto en que todos los naturales merecen superiores alabanzas que nuestros europeos".

Todo eso lo escribió en las primeras páginas del Diario de observaciones. Como se trata de anotaciones íntimas que él no pensaba publicar, esa obra conserva todavía el encanto de la primera mirada. La inició cuando viajaba de Madrid a Cádiz —donde se embarcó rumbo a Cartagena—. Entonces describió a los aldeanos españoles, pobres pero alegres y sanos. En cambio, los americanos le parecieron al comienzo una masa gris, despersonalizada. ¿Por culpa de quién? Ya lo sabemos. Pero si en esta población agobiada hay personas con las cualidades del zambo de mulato, ¿qué no pasará cuando las afinen y multipliquen por medio del estudio y el trabajo?



Imagen 6: Ilustración de la silueta de dos serpientes, en un recipiente de cristal donde se ve que se están llevando a cabo la toma de muestras de prueba.

Los obstáculos disfrazados

En Santafé los obstáculos aumentaron para el pobre José Celestino. Como la lucha estaba ya entablada para ver quién se quedaba con el tesoro de Las Mil y una Noches, había que demostrar cuál era el más fuerte: si Mutis, un joven armado con una lupa y una pluma, o los monstruos que rondaban el cofre maravilloso, llamados ignorancia, desidia, egoísmo, afán de simulación, codicia.

Los enemigos se disfrazaban para engañar al joven. A veces tomaban la figura de persuasivas invitaciones a ceremonias de onomásticos y conmemoraciones:

—Hay un sarao esta tarde en honor del virrey Mexía de la Cerda. No puede faltar el doctor Mutis. Lo esperamos.

El virrey y sus cortesanos buscaban distraer con constantes diversiones su forzoso destierro en un país que consideraban salvaje. Pero José Celestino escribía en el Diario: “Para mí son el doble de gravosas estas ceremonias, careciendo siempre de tiempo para tales cumplimientos que daría por excusados si el sincero afecto de esta gente no me obligara tanto al agradecimiento”.

En otras ocasiones los enemigos adoptaban una táctica más hábil. ¿Cómo podía negarse un médico humanitario como él a atender a los enfermos que necesitaban sus cuidados? En Santafé no existían buenos facultativos, a lo que se agregaba el deseo de la gente de consultar a un galeno recién desempacado de Europa. Era imposible para Mutis decir “no”. En romería acudían a su consulta. Recetaba a pobres y ricos, nobles y plebeyos. Se conserva un papelito, al parecer de una mujer humilde, que le dice:

“Amo mío: ya llevo tomadas dos limetas de sudores. He sudado con ellos, pero del muslo abajo estoy recia, y doliéndome las canillas, y

siento un extraño hiel... Dios le pague lo que aguanta a esta su modesta, humilde hija, María Josefa”.

Sin embargo, en febrero de 1761, José Celestino escribió melancólicamente:

“Aunque la naturaleza del país me permite desde luego abundante material para mis ejercicios botánicos, la novedad del nuevo médico, junto a la escasez de facultativos, cortó todo el vuelo de mis ideas”.

Todavía lo abruman otros quehaceres que, aunque si tocan con su misión —se trata de cambiar y mejorar los métodos de estudio en los establecimientos de enseñanza de la Nueva Granada—, también le disputan el tiempo. En marzo de 1762, un año después de su llegada, funda la cátedra de matemáticas del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. En esa ocasión dijo en su discurso de inauguración de la cátedra:

“Razón será, señores, que encendidos del amor de unas ventajas tan conocidas, imitemos la conducta de los sabios, apartando la atención de los ruines aspectos de nuestra España detenida.”

Fue la primera vez que en Santafé un funcionario oficial pronunció en público una crítica tan certera y al mismo tiempo tan elegante, no negativa sino positiva. Pero en el Diario sigue quejándose: “Apenas he

empleado unos minutos en los asuntos pertenecientes a mi vida". Ahí encontró la expresión exacta. La ciencia era su vida.

Una vez el virrey le comunicó que pensaba traer al país a unos sabios holandeses para que efectuaran el descubrimiento de la canela indiana, en lugar de hacerlo Mutis. Aunque él no era xenófobo (palabra difícil de pronunciar que, como todas las que contienen phobos significa aversión, en este caso a los extranjeros), se quedó mudo. Así lo confió a su único amigo, el Diario.

Mutis se relaciona con la pasionaria

A pesar de tantos inconvenientes, José Celestino se ingeniaba por salirse con la suya. Mexía de la Cerda no se atrevió a negarle el permiso para realizar excursiones por los bosques de Cundinamarca, pues el acompañante que se buscó era nadie menos que el anterior virrey, don José de Solís, quien, en lugar de regresar a España, se quedó en Santafé como fray José de Jesús María. A él, Mexía no le podía hacer un desaire.

El horizonte de Mutis se había ampliado. Descubrió que una familia botánica que ocupa una de las posiciones más distinguidas —entre las plantas la cuestión de las familias es muy seria— es en gran parte neogranadina. Se trata de las pasifloras, a la cual pertenecen entre otras la granadilla, la badea, la curuba y la gulupa, las dos últimas originarias de nuestra Sabana.

Pasiflora significa, como su nombre lo indica, flor de la pasión. A los españoles recién llegados a América les pareció que en las hermosas flores de la granadilla se representan los instrumentos de la pasión de Cristo: la cruz, los clavos, la corona de espinas y la lanza de Longinos. Por eso la bautizaron en esa forma.

Los conquistadores eran duros como el hierro y amenazantes como el fuego, pero unos pocos se parecían a José Celestino. Como enamorados,

descubrían en la Creación las huellas del Amado. Mil gracias derramando / pasó por estos bosques con premura / y yéndolos mirando, con sólo su figura / vestidos las dejó de su hermosura, escribió San Juan de la Cruz, paisano de Mutis y nacido en los primeros años de la conquista española.



Imagen 7: Ilustración de una planta con su fruto la cual es observada con una lupa que es sostenida por una mano.

En el caso de la pasionaria, algunos soldados fueron hasta Roma y llevaron flores a fin de mostrárselas al papa. Por casualidad, uno de los portadores era de apellido Bosio, que es de origen italiano y pertenecía también por parte de madre a José Celestino, cuyo nombre completo es José Celestino Mutis Bosio. En cuanto a sus antepasados paternos,

salieron de Ceuta, en África. Un descendiente colateral de Mutis —otra vez una palabra rara: colateral, aunque casi se define ella sola: viene del latín *collateralis*, o sea que se refiere no a lo directo sino a lo unido apenas por un lado, debido a lo cual se aplica a los sobrinos y primos—, el poeta santandereano Aurelio Martínez Mutis, hablando en un poema de su ascendencia, dice:

Sangre latina y mora, en armonía extraña, con fiera sangre indígena me prestan sus vigores.

La fruta en que se convierte la pasionaria es la granadilla, tan deliciosa. Esta debe su nombre, sin duda, a su nacimiento en la Nueva Granada. ¡Qué de cosas se averiguan si uno se fija!

Mutis y el cerro de Guadalupe cambian regalos

Los cerros situados al oriente de la capital atrajeron a José Celestino desde el primer instante. Le pareció que contenían muchas sorpresas gratas para los habitantes de Santafé. Como le habían informado que en el curso de una tarde alcanzaba a subir y bajar de Guadalupe, emprendió muy despreocupado la marcha. Pero le cayó la noche encima, embelesado con la vegetación que allí divisaba.

Descubrió helechos y orquídeas imponentes y algunos casi microscópicos. (Luego los hará pintar de preferencia en sus láminas). A él, si lo entusiasma lo grandioso, lo extasía igualmente lo diminuto y, no obstante, acabado y perfecto. Ese día localizó a la calaguala o helecho de América, que no había visto nunca y que reseñó Jacquin, un sabio francés que nos había visitado, como el *Polypodiun argentatum*, porque parece plateado.

Una de las familias vegetales más ricas en Colombia es la de los musgos. Cubren como una lujosa alfombra el hielo de la región fría de los Andes, visten las piedras y los troncos de los árboles como si fabricaran divanes mullidos para la siesta de los duendes, y se codean de igual a igual con los helechos, que son como los encajes en el taller de modistería de la naturaleza. En el cerro de Guadalupe, hicieron también las delicias de José Celestino las representantes de otra familia

exclusiva de América, la de las begonias. Se dedican a decorar el paisaje, por lo que se llaman plantas ornamentales, y no experimentan ni un poquitín de vergüenza por no ofrecer a la gente ni remedios para las enfermedades, ni polvos para dormir y soñar, ni calmantes para los dolores, ni comida, ni bebida, ni nada. Probablemente las begonias piensan con toda la razón que con ser bellas nos alegran y que con eso basta y sobra.

Además, estas plantas llevan su amabilidad hasta ser fáciles de cultivar. Se dan en todas partes, como la pata de pichón, que es nativa de Cundinamarca y parienta lejana del abutilón, arbusto así mismo propio de los Andes bogotanos. Los colibríes o tominejas chupan de la una y del otro hasta saciarse. Pero les gusta más el abutilón.

A propósito de los colibríes y del resto de los pájaros, abundaban tanto en estos lados, que constituían uno de los mayores goces de José Celestino. Quizá tuvo entonces la intuición —que se confirmaría—sobre que más de la mitad de las especies de aves reunidas del mundo entero viven (tal vez hoy, desgraciadamente, no se puede emplear la inflexión verbal del presente de indicativo sino la del pretérito, o sea, que debe decirse: vivían), en este aire y este suelo.

Mutis, obviamente, las necesitaba para sus colecciones. Pero no era capaz de disparar contra ellas. Una vez que lo intentó se asustó más que el mismo pajarito, que voló como si se burlara.

En la mañana del día siguiente José Celestino bajó de Guadalupe, radiante como nunca, aunque no había cenado sino un pan que por casualidad llevaba su paje. Durmió en la ermita de la Virgen, de cuya puerta colgó su termómetro para medir los cambios de temperatura. Después, en una especie de acto de reciprocidad con el cerro por las preciosidades con que éste había repletado su bolsa de explorador, regó por las laderas las semillas de retama recolectadas por él en España, durante su viaje de Madrid a Cádiz.

Es el Spartium o Genista lancea, que desde entonces, como párpados de oro que se abren y se cierran, ilumina las faldas de los cerros bogotanos como un regalo de José Celestino.



Imagen 8: Ilustración donde se ven unos libros abiertos que hacen parte de una planta, los tallos atraviesan sus hojas.

Un genio bueno despierta a una princesa

Pero lo mejor que le sucedió a Mutis en sus primeros años santafereños fue que un día, para más señas viernes y 3 de julio de 1761, recibió la primera carta de Carlos Linneo, el glorioso naturalista sueco, creador de la clasificación botánica. La felicidad de José Celestino lo empujó a escribir en el Diario:

“Aún mayor gusto tuve hallándome con el honor de una correspondencia entablada con el señor Linneo, honor a que no debía yo aspirar en corta edad. Este caballero se sirvió escribirme una elegante y dilatada carta,

en que solicita mi correspondencia; me anima a las peregrinaciones; me franquea el honor de académico de la Academia de Ciencias de Upsala; me promete consagrarme una planta; me da noticia de las ediciones, actual de Fauna suecica, y futuras de Species plantorum y Sistema naturae; me manifiesta cuánto desearía poseer ya las colecciones ofrecidas, y me promete no faltar a nombrarme siempre que se proporcione motivo de citar mis colecciones”.

Los deseos de Linneo fueron para Mutis el programa de su vida. Como le pedía informes sobre las hormigas americanas en las que se hallaba muy interesado, José Celestino se felicitó por haber recogido trece especies en las orillas del río Magdalena. Pronto aumentará el número para atender los deseos del sabio sueco.

Fue como si la vocación encerrada en el fondo de su alma, al igual que una princesa condenada por un maligno hechicero a dormir durante 100 años, se despertara bella y saludable al conjuro de las palabras de un amable genio qué vivía en el norte.

La luz que encendió Linneo lo acompañó siempre y, aunque también fue la causa de un dilema que a última hora se le presentó, como veremos, lo sostuvo en los momentos de cansancio y amargura que no le faltaron como a ninguno de los mortales.

Y en el año de 1767, todavía bajo el gobierno de Mexía la Cerda, gracias a los informes de un vecino de Santafé, don Miguel de Santisteban, José Celestino confirmó una de sus mayores intuiciones: no era lógico que la quina sólo se diera en la provincia de Loja, en el Ecuador, puesto que todas las regiones andinas poseen los mismos climas y altitudes.

También debía criarse en la Nueva Granada. Pues bien: por esas fechas tuvo la certeza de haber acertado en lo que presentía.

Pero fue sólo en 1772, en los montes de Tena, cuando localizó exactamente la famosa cascarilla (botánicamente: cinchona), el remedio para curar las fiebres tercianas, como se llamaban entonces porque la temperatura subía día por medio. O sea el paludismo, azote de la zona tórrida. Una de las glorias de José Celestino es ser el descubridor de nuestra quina, mérito que le disputó más tarde un panameño, Sebastián López Ruiz, lo que irritó mucho al sabio. Igual le pasaba a don Quijote cuando algún malandrín pretendía usurparle la fama de haber vencido en singular combate a un gigante.



Imagen 9: Collage de plantas, semillas, libros, flores, manos palpando y dibujando.

Mutis se hace sacerdote

A él no le sucedía solamente quedarse deslumbrado frente al cofre de los tesoros, pensando en la manera de apropiárselo. Eso no le bastaba. ¡Qué aburridor es recibir un regalo sin tarjeta! Si uno se queda en la ignorancia de quién lo ha mandado, no puede dar las gracias, que es precisamente lo más importante. Por fortuna, José Celestino veía siempre la tarjeta con el nombre del remitente del obsequio. Le ocurría como a otro paisano suyo, San Ignacio de Loyola, quien, en sus últimos años, olvidado ya de sus antiguas hazañas, no podía contemplar la más humilde florecilla del campo sin exclamar, con los ojos arrasados en lágrimas:

“Ya sé de Quién me hablas”.

Cuando comprobaba que la quina se encontraba en los países donde el paludismo causaba estragos, bendecía al Creador que nunca abandonaba a su criatura. Donde había más serpientes venenosas se criaba el guaco, su contra. La Providencia velaba hasta por los pájaros mochileros, los gulungos, que colgaban su nido en los árboles más altos para defenderse de sus enemigos. Ya se nos dibujan muy claros los rasgos principales de Mutis: la gratitud, la equidad, el tacto, la constancia. Era capaz de defender sus derechos legítimos sin que le temblara el pulso, como lo demostró con Sebastián López Ruiz —el que

quería robarle la quina—, pero su generosidad no tenía límites con los que se le acercaban de buena fe. Él, tan preocupado por su tiempo, lo entregaba sin tasa, lo mismo que su dinero, a los jóvenes que demostraban aptitudes para el estudio y les costeaba inclusive el valor de viajes a Europa. Como nadie es perfecto en esta vida, hay que agregarle algunos rasgos de misantropía —palabra de origen griego, compuesta de misein, odiar, y anthropos, hombre—. Al hablar en una carta a Eloy Valenzuela, su discípulo y, más tarde, su “otro yo”, de uno de los empleados de la Expedición Botánica, le decía: “Sólo lo resistiría por no conocer caras nuevas”.

En la Navidad de 1772, Mutis dijo su primera misa. Como sacerdote, su piedad era muy dulce, expresó el barón de Humboldt, personaje de esta narración semejante a un príncipe, que aparecerá a su debido tiempo. Como sacerdote, José Celestino se independizó del poder de los virreyes y empezó a manejarse él solo. Ese mismo año de 1772, que fue el del regreso de Mexía de la Cerda a España, se negó tranquilamente cuando éste le pidió que regresara con él a su tierra.

Los sacerdotes botánicos nos han ayudado mucho



Imagen 10: En la ilustración vemos a una mujer posada sobre una hoja de una planta y con su mano cogiendo las semillas.

En nuestro país ha habido varios sacerdotes que se han dedicado a las ciencias naturales siguiendo las huellas del sabio Mutis. En primer lugar, la Expedición Botánica contó con la cooperación de fray Diego García, un franciscano que, para recoger muestras tanto de vegetales como de animales y minerales, viajó por casi todo el territorio de la Nueva Granada y hasta por Caracas, de donde remitió las plantas de café que Mutis cultivó cuando vivió en Mariquita, dando comienzo a las siembras del café suave que han sido una de nuestras mayores riquezas. También encontró fray Diego, en el que hoy es departamento del Huila, unos huesos gigantes y se los remitió a Mutis. Con hallazgos como éste, el sabio fundó el primer museo de Santafé, desbaratado por Morillo, como ya lo veremos.

¿Alguno ha caído en la cuenta del porqué una población del Huila se llama Gigante?

Otro ilustre sacerdote botánico fue Eloy Valenzuela, subdirector de la Expedición, quien conoció a Simón Bolívar y que era tan respetable, que el Libertador no le hablaba sin quitarse el sombrero.

En vida de Mutis, el cura del pueblo de Pasca era José Terán. El sabio lo comisionó para que le recolectara resina de frailejón. Según afirma el Padre Terán en la carta con que la remitió, esa resina alivia “los fríos o

hielos de los páramos, la frialdad de la cabeza y la descomposición o dislocación de los huesos”.

Parece que existiera una tradición en el pueblecito de Pasca para que los curas párrocos sean botánicos. Así lo fue el que desempeñaba últimamente esas funciones. Creó un jardín botánico y un museo de cerámica y fue quien consiguió de los campesinos guaqueros, descubridores de la balsa de oro del cacique de Guatavita que se exhibe actualmente en el Museo del Oro, que ésta no se vendiera a los extranjeros sino que se conservara en la tierra natal de los artífices que labraron esa joya.

Al doctor Juan María Céspedes, otro sacerdote botánico, le correspondió recibir las enseñanzas de Francisco Javier Matis, uno de los mejores pintores de la Expedición Botánica. Fue en los tiempos que siguieron a la guerra de la Independencia.

El gobierno republicano los comisionó a ambos para viajar a la zona arqueológica de San Agustín y estudiarla.

El padre Céspedes y Matis describieron y dibujaron por primera vez las estatuas que constituyen entre nosotros la principal reliquia de los antiguos habitantes de esa zona. En esta forma se extendió hasta ella la labor investigativa de la Expedición de Mutis.

Así tenía que ser. José Celestino se interesó como nadie por las culturas primitivas. Lamentó que la comunidad de los jesuitas hubiera sido desterrada en tiempos del virrey Mexía de la Cerda, por orden del monarca Carlos III, debido especialmente a que trabajaban en la gramática de la lengua sáliva.

Mutis envió a la gran emperatriz de Rusia, Catalina, que se interesaba mucho por estas cuestiones y en cuya corte residía por entonces el precursor de la Independencia de Venezuela, general Francisco Miranda, el diccionario chibcha, que José Celestino había sacado de la librería del colegio de los jesuitas de Tunja, afortunadamente en dos ejemplares, y del cual dijo que era "la alhaja más preciosa, el tesoro que no tiene precio". Después mandó a España el diccionario del idioma andaquí, recogido por fray Diego García.

En quien culminó la tradición de los sacerdotes botánicos, orgullo de nuestra cultura, fue en el doctor Enrique Pérez Arbeláez. Éste, como si cerrara un círculo de oro, publicó, por intermedio del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, las láminas de la Expedición, y fundó de nuevo en Bogotá el Jardín Botánico, como en los tiempos de Mutis, sólo que mucho más grande y completo.

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización. Bogotá, D.C., Colombia. Junio de 2022